

P. ¿Quién excitó la séptima persecucion contra la Iglesia?

R. El emperador Décio.

P. ¿Cómo subió Décio al trono imperial?

R. Habiéndose rebelado algunas provincias del imperio, las tropas proclamaron dos emperadores, uno en la Siria y otro en la Mesia. Filipo envió á Décio, general del ejército, á apaciguar las legiones sublevadas, y reducir las á su obediencia; pero ellas proclamaron emperador á Décio.

Este marchó contra Filipo y lo venció y mató en Verona, haciendo tambien degollar en Roma á su hijo.

P. ¿A qué tiempo movió Décio la persecucion?

R. Desde el principio de su reinado: publicó contra los cristianos el edicto de proscripcion, é hizo que lo cumplieran todos los gobernadores de provincias; así es que el número de mártires fué incalculable. El Papa San Fabian fué de las primeras víctimas sacrificadas al furor de los gentiles, y la silla pontificia estuvo vacante diez y seis meses; porque era tal el fuego de la persecucion, que en todo ese tiempo no se pudo hacer eleccion de nuevo Papa. Los santos obispos de Antioquía y de Jerusalem murieron en las prisiones, y otros muchos personajes fueron martirizados en las iglesias de Asia y de Africa, siendo tambien crecido el número de los que huyeron á los montes y á los desiertos por no exponerse al peligro de flaquear en los tormentos: de estos murió gran parte al rigor de la intemperie, de las enfermedades y de la hambre. Entonces fué cuando la providencia del Señor, que se burla de los designios de los hombres, y contra todo el esfuerzo de su poder planta y lleva al cabo sus obras soberanas, echaba los

cimientos de la vida eremítica en Pablo, jóven de veintitres años y rico en bienes de fortuna, el cual, huyendo de la persecucion, se internó en los desiertos de la Tebaida y pasó en ellos todo el resto de su dilatada edad, profesando la vida solitaria, de que hablaremos adelante.

P. ¿Qué gran mal acaeció á la Iglesia y vino á aumentar su conflicto durante esta persecucion?

R. El cisma de Novaciano, á que dió principio en Cartago Novato, sacerdote escandaloso, quien, por sustraerse del castigo á que ya se habia hecho acreedor, proyectó separarse él mismo del seno de la Iglesia, y seduciendo á otros presbíteros y á un diácono comenzó á reunirse con ellos en juntas en que se trataban cosas que notoriamente tendian á un cisma, de que aquellos procedimientos eran ya el principio. El santo obispo Cipriano no tardó en reprobear tal conducta, y excomulgó á Novato con todos sus cómplices.

Novato se obstinó, y añadiendo unas intrigas á otras, se fué á Roma, donde sedujo á otro presbítero, llamado Novaciano.

Por este tiempo (año 251 de Cristo) habia sido elegido Cornelio Sumo Pontífice por diez y seis obispos y confirmada su eleccion por la Iglesia; pero el audaz Novaciano, atropellando esta eleccion, sedujo á tres obispos é hizo que le nombrasen Papa, como si la silla estuviera vacante. Novaciano era herege á mas de cismático; pero con el barniz de una hipocresía muy refinada logró engañar á muchos y alucinar no pocos obispos que ignoraban lo acaecido ó no descubrian la trama de esta intriga. Mas los obispos de Africa, que estaban al alcance de todas las maniobras de Novato y sus colegas, se negaron á recono-

cer á Novaciano, y se reunieron en concilio, en que juzgaron la causa de aquellos presbíteros y diácono, compañeros de Novato, á los que condenaron y excomulgaron, dando de todo parte al Papa San Cornelio. Este convocó en Roma un concilio de sesenta obispos y de gran número de presbíteros y diáconos, en el que se confirmó el decreto de los obispos de Africa y se condenó el cisma y la heregía de Novaciano. Impuestas de todo las iglesias, reconocieron unánimemente á San Cornelio y se rechazó el cisma, que solo habia podido introducirse por una fatal sorpresa.

P. ¿En qué trabajos se hallaba el emperador Décio cuando esto pasaba en Roma y en Cartago?

R. Se hallaba haciendo la guerra á los bárbaros en las fronteras del Danubio. Hacia mucho tiempo que las regiones del norte de Europa, habitadas por naciones bárbaras, no podian sostenerlas por la escasez de sus frutos y el aumento cada dia mayor de sus tribus: ansiaban por consiguiente estas razas numerosísimas salir de sus paises y echarse sobre las poblaciones y los campos fértiles y cultivados del mediodía de Europa, esto es, sobre la Italia, las Galias y la España. Algunos siglos antes habian hecho invasiones los galos y otros pueblos; pero aunque avanzaron tanto que en la primera llegaron á apoderarse de la misma Roma, y en la segunda hasta los Alpes, al fin, en una y otra, habian sido destruidos y reprimida su audacia por los romanos.

Al presente, casi todas las razas del Norte estaban en movimiento y comenzaban la invasion. Los godos, los francos, los bastarnos, los esclavones, los alanos y otros, se movian en gran número hácia las Galias y la Lombar-

día, y los cuados y marcomanos corrian las orillas del Danubio.

Cosa semejante pasaba en el Oriente, donde los persas y los sarracenos invadian los límites del imperio. Esta inundacion de bárbaros por una y otra parte, tenia en conflicto y conmocion á todo el imperio romano, desde que vieron que los cuados y marcomanos llegaron á invadir la Dacia, bajo el mando de Cniva, y tomando por asalto á Filipópolis, degollaron cien mil de sus habitantes.

Por los años en que vamos, Décio habia reunido su ejército, y avanzando hasta el Danubio hacia la guerra á los cárpatas: la criminal, sacrílega y cruel conducta que habia tenido contra la Iglesia, no podia atraerle mas que la maldicion de Dios; y vióse en efecto que allí le castigó el Señor, permitiendo que le hiciese traicion uno de sus generales, llamado Galo, el cual se puso de acuerdo con los bárbaros y lo arrastró á su ruina, pues hizo de modo que Décio se metiese en un pantano donde pereció con su hijo á manos de los bárbaros, y ni siquiera se encontraron sus cadáveres.

P. ¿Quién sucedió á Décio en el imperio?

R. El mismo Galo, que le habia buscado la muerte, y su hijo Volusiano, á quien hizo declarar César.

P. ¿Persiguió este emperador á la Iglesia?

R. La persecucion, que habia cesado algun tiempo con la muerte de Décio, comenzó de nuevo en el reinado de Galo. Fué víctima de ella el Papa San Cornelio, á quien desterró Galo y murió en su destierro el año 252 de Cristo. Succedióle San Lucio, que sufrió tambien el destierro y no ocupó mas que cinco meses la silla pontifical: dejóla á San Estévan. La púrpura pontificia era enton-

ces un signo de proscricion, siendo el pontificado como un escalon para el martirio.

P. ¿Qué gran calamidad sobrevino al imperio en tiempo de Galo?

R. Una peste violenta lo asolaba, siendo tan activa y mortífera, que en Neocesarea se dió el caso de morir en el teatro gran número de los espectadores, que allí mismo fueron invadidos del mal. Era tal el estrago, que, en expresion de los historiadores, no bastaban los vivos para enterrar á los muertos: en esta ocasion obró muchas y grandes conversiones San Gregorio Taumaturgo, y al mismo tiempo estupendos milagros, guiándole en lo uno y en lo otro su ardiente caridad. Bastaba que entrase en una casa para que al punto cesase allí la peste y sanasen los heridos de ella; de modo que á poco no le bastaba el día para acudir á todos los llamados que le hacian. Desplegó tambien su caridad en este conflicto el padre San Cipriano, acudiendo al socorro de los enfermos sin hacer distincion entre fieles y paganos.

P. Continúad la historia de los acontecimientos del mundo, que de algun modo afectaban á la Iglesia por este tiempo.

R. Todos los que hemos ido y vamos refiriendo del imperio romano y otros reinos, afectan á la Iglesia por la pugna en que aquellos estuvieron con esta, y por los grandes castigos con que Dios vengó en aquellos la sangre de los mártires que tan cruel y sacrílegamente derramaron. Tal fué la asoladora peste que sufrió el imperio á mediados del siglo tercero: tal la guerra civil tantas veces encendida en su seno, y la tiranía de sus emperadores, á muchos de los cuales justamente se ha dado el renom-

bre de *monstruos*: tal el fin trágico y muerte desastrosa de estos mismos: tal, por último, la terrible invasion de los bárbaros por el oriente y por el norte del imperio.

Esta avanzaba mas y mas hácia los fines del tercer siglo, y los conatos de los emperadores y de sus ejércitos apenas podian contenerla ó dilatar su verificativo por un poco de tiempo; porque á manera de las olas dilatadísimas del Océano, á unas seguian otras, y no se rompía la primera sin que ocupase su lugar la segunda. Toda la pericia, la fuerza y el valor de las legiones romanas era menester para que estos enjambres de bárbaros no se apoderasen de las regiones mas fértiles y ricas de la Europa y de la Asia, y se daban por contentas de conseguir algunas ventajas, en términos de juzgar digno de la púrpura imperial al general que las ganaba.

A veces tenian que emplearse en diversos puntos y con distintos ejércitos todos los que pretendian ó de hecho tenían á la vez la púrpura imperial ó el título de César, llegando á haber hasta cinco ó seis de estos generales en las fronteras haciendo prodigios por contener la irrupcion.

Lo que algunas veces les probó mas bien, fué introducir la desavenencia entre unas y otras de estas razas bárbaras, y hacer que se empeñasen en recíprocas guerras; pues al mismo tiempo que el estrago de estas disminuía su gran número, se detenían en puntos menos cercanos mientras decidian sus cuestiones. A merced de esto no fué tan crecida y pronta la invasion como debia haber sido, pues el mundo civilizado debia haber desaparecido de la Europa, ya devorado por la guerra y la devastacion, ya sufocado solo por la inmensa multitud de sus nuevos pobladores; y ya veremos mas adelante cómo la mayor fuerza de este

nublado descargó solo sobre los países Bajos, las Galias y la España, y sin que sus fuerzas fuesen tales que pudiesen borrar las razas indígenas: expedicionando sí recorrieron casi toda la Europa y mucha parte de Africa.

Fueron menos felices las regiones de la Asia superior y de la Africa; pues en ellas fué tan numerosa, tenaz y progresiva la irrupcion de los bárbaros del oriente, que se hicieron dueños absolutos de todas ellas, hasta no quedar libre de ellos mas que el Asia Menor por algun tiempo, y despues, ni esta ni la Grecia misma compuesta de islas en mucha parte, y situada á las fronteras mismas de la Italia; siendo á proporcion de esto casi total la extincion de las muchas y numerosas razas de sus antiguos habitantes.

Del número de aquellos generales afortunados que hemos dicho antes haber conseguido ventajas sobre los bárbaros, fué Emiliano, y sus tropas quedaron tan complacidas, que le proclamaron emperador de Roma, si bien la diadema no estuvo mucho tiempo sobre sus sienas; pues aunque logró deshacerse de Galo que se habia puesto en defensa, y á quien quitaron la vida sus mismas tropas, corrió él mismo igual suerte cuando avanzaba á batirse contra el ejército de Valeriano. Quedó este, pues, único dueño del imperio, é hizo declarar Augusto á su hijo Galieno. Valeriano era de noble prosapia, y habia obtenido empleos de mucha condecoracion, tanto civiles como militares. A los principios de su reinado no se mostró hostil á los cristianos, y la Iglesia respiró por algun tiempo.

P. ¿Quién ocupaba la silla pontificia por aquellos días?

R. Despues de la muerte de San Lucio, fué electo San Estévan el año 253. Se cree que era romano, y que habia desempeñado las funciones de arcedeano en tiempo

de los dos Papas sus predecesores: en su tiempo se agitaron varias cuestiones de dogma y de disciplina.

P. ¿Cómo terminó su carrera el Papa San Estévan?

R. Fué víctima de la octava persecucion de la Iglesia, que fué la que excitó el emperador Valeriano. Instigado este por Macriano, que era uno de sus ministros y aborrecia de muerte á los cristianos, publicó un edicto sangriento contra ellos, haciendo que se ejecutase en todos los límites del imperio, de modo que por todo él se vertia la sangre inocente y se entregaba á la muerte á los pastores mas dignos y mas esclarecidos de la Iglesia. En Alejandría fué atormentado por el prefecto de Egipto San Dionisio, y enviado luego al destierro: en Cartago padeció el martirio el padre San Cipriano.

P. Referid circunstanciadamente el martirio de este santo obispo.

R. Desde el principio de la persecucion habia sufrido San Cipriano la prision, el interrogatorio y el destierro, en el que no dejaba de trabajar en servicio de la Iglesia, combatiendo á los hereges con sus escritos, y consolando y confortando á los fieles con sus cartas; pero vuelto del destierro, y encrudecida aun mas la persecucion, porque Macriano habia hecho que el emperador fulminase sentencia de muerte á todos los obispos, presbíteros y diáconos, fué preso de nuevo San Cipriano y conducido á la presencia del procónsul. Su gran fama habia hecho que á la noticia de su prision concurriese un crecido número de sus amigos, de personas distinguidas y pueblo, tanto, que el dia anterior á su martirio fué visitado de muchos fieles que se encomendaban á sus oraciones. Al dia siguiente fué puesto ante el procónsul, y éste, despues de haberle interrogado

sacrilega y brutalmente, le leyó su sentencia, que decía: "Mando que Cipriano sea degollado." El santo obispo respondió al instante: "Gracias á Dios," y los fieles que le habian seguido, clamaron diciendo: "Que se nos degüelle tambien á nosotros." Designóse para el suplicio un bosque cercano, que se llenó de inmenso gentío. El santo obispo caminó á él con paso firme y semblante sereno; tuvo cuidado de que se separase del concurso á algunas doncellas que estaban en él; mandó dar veinticinco escudos de oro al verdugo que le habia de degollar, y llegado al lugar del suplicio, se quitó él mismo la vestidura de su dignidad y la entregó á los diáconos, postróse luego con el rostro en tierra é hizo á Dios fervorosa oracion, tomó la venda para cubrirse los ojos, y como le fuese incómodo atársela por detrás, un sacerdote y un diácono le prestaron este último servicio: tendió entonces su cuello, y el verdugo de un golpe le cortó la cabeza.

P. ¿Qué otros ilustres mártires produjo esta persecucion?

R. En Tolosa fué uno de los mas señalados San Saturnino, que atado á un toro furioso fué arrastrado por las calles. En Roma triunfaron por su valor y constancia en el martirio el Santo Papa Sixto II y su diácono el glorioso San Lorenzo. Sixto habia sucedido á Estévan, tambien mártir: á él habia dirigido San Cipriano su carta en que descubre y refuta la heregía de Sabelio: él fué el que hizo trasladar á las catacumbas los cuerpos de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo; en virtud del decreto de Valeriano, de que hemos hablado antes, fué preso y decapitado.

Quando era llevado al lugar del suplicio, le salió al en-

cuentro su diácono San Lorenzo, y con vivas ánsias y abundantes lágrimas le decía: "*¿Adónde vas, oh padre, sin tu diácono? ¿Adónde caminas sin tu ministro, sacerdote santo? Tú nunca has ofrecido el sacrificio sin tu ministro, ¿qué es lo que de mí te desagrada? Si temes que no cumpla con mi deber, haz experiencia de mí para que te cerciores de si has elegido un ministro á propósito.*" "No te desconsueles, hijo mio, le respondió el Papa, *despues de tres dias me seguirás. A mí, como á anciano, se me da una muerte mas pronta; pero á tí, como á jóven, se te reserva una pena mas cruel, que te será de mayor fruto. Entre tanto, si tienes algun dinero en los tesoros de la Iglesia, dálo á los pobres.*"

En efecto, el santo diácono distribuyó á los pobres todo lo que habia, de suerte que cuando el tirano le intimó que le entregase el tesoro sagrado, el valientísimo Lorenzo le presentó las numerosas tropas de los pobres en cuyo alimento y vestido se habia empleado el sagrado depósito.

Enfurecido el tirano, le hizo azotar cruelmente y luego le mandó asar en unas parrillas, en cuyo horrible y dilatado suplicio entregó su benditísimo espíritu, dejando un nombre de perpetua bendicion y alabanza en la Iglesia. San Lorenzo era español, de la provincia aragonesa.

P. ¿Hasta qué tiempo duró esta persecucion?

R. Hasta la muerte de Macriano, á cuyo cargo dejó Valeriano el gobierno de todo el imperio, mientras él pasó á la guerra de Oriente.

P. ¿Cuál era entonces la situacion del imperio?

R. La invasion de los bárbaros avanzaba por momentos, como una inundacion inmensa que á todo arrostra y no conoce diques: los germanos habian invadido la Ga-

lia, atravesado los Pirineos y asolado una parte de España: los alemanes se adelantaron en número de trescientos mil hasta las inmediaciones de Roma, de donde los hizo retirar Galieno despues de haberlos batido: los cuados y sármatas avanzaban por su parte; mas fueron repelidos por Valeriano: los scitas y godos se embarcaron en el Ponto Euxino, tomaron á Pitiunte y Trebisonda y asolaron todo el pais; otros saquearon á Calcedonia, Nicomedia, Nicea y otras ciudades. Sapor habia entrado en la Mesopotamia, despues de haber derrotado á Valeriano. Este emperador pagó entonces la pena merecida por la persecucion con que afligia á la Iglesia: Sapor se apoderó á traicion de su persona, y lo redujo á una esclavitud horrible: serviale de estribo para montar á caballo, y de todos modos se le ultrajaba, hasta, ser ya muerto, colgada su piel, teñida de rojo, en las bóvedas de un templo de Persia. Su muerte no fué sino despues de diez años de esclavitud.

P. ¿Quién ocupó el trono imperial cuando Valeriano fué aprisionado?

R. Hubo gran número de pretendientes, que por lo menos llegaron á diez y nueve, y hay quien cuente hasta treinta; pero el que quedó con el imperio fué Galieno, hombre sin prendas y de ningun espíritu, el cual vivia entregado á los placeres, y no hizo mas bien que el de no perseguir á la Iglesia y permitir á los obispos su administracion y culto; pero en cuanto al imperio su abandono lo tenia entregado á las guerras intestinas y á las irrupciones de los bárbaros. Al fin se movió á hacer la guerra á los scitas, y fué muerto á traicion en el sitio de Milán, que emprendió antes de ponerse en camino para el Oriente.

Le sucedió Claudio, á quien él mismo habia designado, y cuya eleccion confirmó el senado.

P. ¿Qué papa sucedió á San Sixto II?

R. Despues de un año de vacante, fué electo Dionisio, presbítero de la Iglesia romana. Era hombre de capacidad y de un corazon compasivo, prendas que exaltaba aun mas su gran solicitud por el bien de la Iglesia: sus limosnas aliviaron mucho á los cristianos de Capadocia y con ellas se rescataron muchos cautivos: la pureza del dogma católico no le debió menos, pues congregó un concilio en Roma para condenar la heregía de Sabelio. Durante su pontificado, se celebraron tambien dos concilios en Antioquia para condenar los errores de Pablo de Samosata: este negaba la divinidad de Jesucristo, y se obstinó en su error, aun despues que el segundo concilio le depuso y excomulgó. A Dionisio sucedió Félix.

P. ¿Qué nuevo esmalte recibió la Iglesia por este tiempo?

R. El de la vida cenobita de que fué fundador San Antonio Abad. A la sazón del tiempo en que vamos, el jóven Antonio, hijo de padres distinguidos y piadosos, quedó huérfano, y encargando la educacion de su hermana á unas mugeres cristianas y de buena conducta, vendió sus bienes y se retiró al desierto, donde á poco mas echó los fundamentos de la vida monacal con los que, imitando su ejemplo, fueron á ponerse bajo su direccion.

P. ¿Quién sucedió al emperador Claudio?

R. Su hermano Quintilio; mas habiéndose matado á los diez y siete dias, dejó el imperio á Aureliano, hombre de gran valor y mucha fama militar. Hizo la guerra á Tétrico en las Galias, y á Zenobia en la Siria: reducido

Tétrico, y aprisionada Zenobia en Palmira, la que habia sitiado y tomado por asalto, Aureliano entró triunfante en Roma, y el imperio prosperó bajo su reinado.

P. ¿Persiguió la Iglesia este emperador?

R. Sí, y su persecucion se cuenta por la novena de estos primeros siglos. Refiérense á ella varios mártires de Roma y se cree que el papa Félix fué uno de ellos: habia gobernado la Iglesia cinco años. Le sucedió Eutiquiano, el año 275 de Cristo. La persecucion no duró mucho tiempo, porque la muerte vino á atajar las crueldades de Aureliano; pues le mataron sus oficiales cuando marchaba á Oriente á hacer la guerra á los persas.

P. Muerto Aureliano, ¿quiénes ocuparon sucesivamente el trono imperial?

R. Succediéronle Tácito y Floriano, y á este Probo, capitán valiente, conocido por las grandes victorias que en tiempo de Aureliano y de Tácito habia ganado sobre los bárbaros. No desmintió su valor y habilidad en el sôlio imperial. Puso en ejecucion el plan de oponer á los tártaros contra los bárbaros, y extendió sus conquistas á una parte de Alemania, construyó una muralla desde el Rhin hasta el Danubio. Derrotó en Egipto á los etiopes: marchó contra los persas y les dictó la ley: restauró setenta ciudades, y puso término á la primera grande invasion de los bárbaros. Tan brillantes acciones le merecieron la estimacion del imperio; pero no le libraron de las manos traidoras de sus propios soldados, que le privaron de la existencia. La Iglesia no sufrió persecucion de parte de Probo, ni de sus sucesores Caro y Numeriano; mas se le preparaba la muy cruel y dilatada que excitaron contra ella Diocleciano y Maximiano, que sucedieron á Caro el

hijo, é imperaron juntos, porque Diocleciano asoció á Maximiano al imperio.

P. ¿Qué otra novedad introdujo Diocleciano, á mas del reinado simultáneo de dos emperadores?

R. La de haber hecho declarar césares á Galerio y Constancio, y encargádoles la custodia y gobierno de aquella parte del imperio que estaba al Occidente del Rhin y del Danubio, mientras él y su colega regian lo restante del imperio.

P. ¿Comenzó la persecucion luego que Diocleciano subió al trono?

R. No: en sus primeros años gozaron los cristianos bastante tranquilidad; mas hácia el fin de su reinado se declaró la persecucion general, y fué tan espantosa, que ha conservado el nombre de *Era de los mártires*. Antes de ella, las habia habido parciales: una de las mas célebres fué la que consumió en las Galias á la legion Tebana.

P. Referidnos este suceso tan glorioso para el nombre cristiano.

R. Habiendo hecho Maximiano que la legion Tebana, compuesta toda de cristianos, viniese á incorporarse á su ejército á la entrada de las Galias, y mandádoles hacer sacrificio á los ídolos, como dicen unas actas, ó emplear sus armas en martirizar cristianos, como expresan otras, la legion se negó á cometer tal crimen; lo que irritó tanto al emperador, que la hizo diezmar. La gloriosa suerte que habia tocado al diezmo de aquellos fervorosos cristianos y valientes soldados, no amedrentó á los demas; antes bien los inflamó en el deseo del martirio y les comunicó nuevo aliento para padecerlo, especialmente desde que sus gefes Mauricio, Exuperio y Cándido los confortaron